

ARTURO PÉREZ REVERTE

*Puertos, galeras y corsarios.
El soldado Miguel de Cervantes
en las páginas del Quijote*

7 DE FEBRERO DE 2007

ARTURO PÉREZ-REVERTE

CARTAGENA, ESPAÑA, 1951.

FUE REPORTERO DE GUERRA DURANTE 21 AÑOS, Y ES AUTOR, ENTRE OTRAS NOVELAS, DE *EL HÚSAR*, *EL MAESTRO DE ESGRIMA*, *LA TABLA DE FLANDES*, *EL CLUB DUMAS*, *TERRITORIO COMANCHE*, *LA PIEL DEL TAMBOR*, *LA CARTA ESFÉRICA*, *LA REINA DEL SUR*, *CABO TRAFALGAR*, Y *EL PINTOR DE BATALLAS*, Y DE LA SERIE HISTÓRICA *LAS AVENTURAS DEL CAPITÁN ALATRISTE*. ES MIEMBRO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA Y ESTÁ EN POSESIÓN, ENTRE OTRAS, DE LA GRAN CRUZ DEL MÉRITO NAVAL.



El soldado Miguel de Cervantes en las páginas de El Quijote, así es como título esta conferencia, ya que creo que una de las miradas más lúcidas (y tristes también) que se pueden dirigir a España y a lo español está contenida en el Quijote, y precisamente en los rasgos biográficos del propio Miguel de Cervantes que aparecen a lo largo de su inmortal obra «El Quijote de la Mancha», el libro más importante de la literatura universal. Estoy convencido que Cervantes siempre se ha referido a los españoles en sus obras y nos ha reflejado tal como nos veía, tanto para decir lo bueno como lo malo de nosotros, de tal forma que con la lectura de sus obras hoy podemos afirmar que Cervantes sigue hablando de todos nosotros.

Miente quien sostenga que Cervantes se burla de los libros de caballerías y de los caballeros andantes. Con una lectura detenida y lúcida de El Quijote, se puede apreciar que es Cervantes, el viejo soldado de Lepanto, y no sus personajes, quien opina sobre el valor, la milicia, la guerra, sobre la historia y sobre España en definitiva.

Hace un par de años publiqué un ensayo donde sostenía la idea de que el hidalgo Alonso Quijano no era valiente, sino que sólo cree serlo. Esto que el lector puede vislumbrar en destellos rápidos a lo largo de la primera parte de la obra, resulta evidente en la segunda. Sólo cerca del final de esa segunda parte, cuando está en Cataluña, don Quijote encuentra la aventura de verdad, se enfrenta a la muerte de verdad, y a la sangre auténtica ante la que calla y mira nuestro héroe loco. Más tarde, cuando el ataque de los corsarios turcos, él sigue mirando la escena, oye cañonazos por primera vez, y de nuevo calla y se espanta. En realidad, cuando poco después el bachiller Sansón Carrasco vence a don Quijote (lo mata, en cierto modo), no hace sino liquidar un sueño agonizante, vence al héroe que nunca existió.

Después de esta introducción, y como he dicho al principio, intentaré explicarme. Quien fue valiente de verdad y sin fisuras es Miguel de Cervantes, y se nota.

Cuando don Quijote arremete, no hace otra cosa que utilizar lo que le dicta el corazón del hombre que lo crea. Cervantes es el joven que había luchado en Lepanto, el soldado honrado y pobre, el gallardo esclavo de Argel, el novelista genial que, pese a cuanto él mismo afirma, sabe perfectamente que es falso que los libros de caballerías estén en su época dorada. Porque el Quijote no termina con nada, ya que cuando Cervantes escribe su obra, el género ya está de capa caída. El siglo de oro de los libros de caballerías ha sido el XVI, cuando las novelas de aventuras de la época eran leídas tanto por el emperador Carlos como por Santa Teresa, o por los navegantes y conquistadores españoles y portugueses, que los llevaban en su equipaje cuando viajaban hacia las Indias orientales y occidentales. Prueba de ello es que bautizaban las nuevas tierras con nombres sacados de esos libros, como por ejemplo la Patagonia o California.

El lector atento del Quijote comprende que, entre el cañamazo de su parodia genial, por los vericuetos serenos de su prosa, Cervantes nos muestra que no se burla de todos los libros de caballerías, sino que sólo ataca a los malos. Otros los aprueba y subraya sus virtudes, sobre todo el elogio del valor. A esos los salva del expurgo de la librería y de la hoguera.

Es un error creer que Cervantes desprecia la caballería. Un grave error, ya que el viejo soldado admira el heroísmo, aún más, lo venera. Es la degeneración del asunto lo que satiriza. Sobre todo la decadencia extranjerizante, pues siempre menciona con respeto las antiguas crónicas españolas. Hoy es difícil, fuera de contexto, advertir los ingeniosos matices de la parodia, pero los lectores contemporáneos supieron captarlos perfectamente, y de ahí el éxito comercial de la obra, aunque su prestigio literario aún tardara un siglo en afirmarse. Hasta el carácter grotesco de los arreos de don Quijote es importante. El héroe anda suelto, a principios del siglo XVII, vestido con armadura de sus bisabuelos, de finales del XV, arcaísmo viviente, el ingenioso hidalgo sale a buscar aventuras vestido como un caballero de los tiempos de la guerra de Granada.

Así, en el Quijote, Cervantes no se burla del valor caballeresco, que su héroe anhela más que poseer; se burla de lo inadecuado y lo estéril de ese supuesto valor en el tiempo y mundo que habitan él y su personaje. Aquí quiero recordar que Cervantes fue soldado, y su hermano Rodrigo, alférez. Cinco años antes de la publicación de la primera parte del Quijote, el hermano había muerto peleando en Flandes. Nunca se insistirá demasiado sobre la necesidad de tener presente todo eso a la hora de leer el libro. El mismo Cervantes lo subraya con sus toques de atención a lo largo de la obra. Él está orgulloso de su valor y sus heridas, y en la casi autobiográfica historia del cautivo nos recuerda varias veces, indirectamente y con orgullo, su comportamiento en la jornada de Lepanto y durante el cautiverio de Argel.

Miguel de Cervantes no es un viejo soldado sin instrucción. Posee una sólida formación humanística, desarrollada sobre todo en Italia. Tiene muy claro que la palabra «cultura», que se está prolongando hasta América, África, Asia en naves espa-

ñolas y portuguesas, tiene una solera de dos mil quinientos años de historia que hunde sus raíces en la Biblia, Grecia, en Roma, en el Islam, en la latinidad medieval y en el humanismo cristiano.

Cervantes ha viajado mucho y ha leído más, y sabe que su patria sostuvo el esplendor de las letras latinas cuando decaían en Roma. Que hizo renacer la cultura en Sevilla cuando toda Europa era barbarie. Que transmitió a Occidente la ciencia de Oriente. Que navegó y exploró el mundo, e imprimió su huella indeleble en otros pueblos.

Con esto quiero decir que Miguel de Cervantes sabe perfectamente quién es y de donde viene. No es un soldado cualquiera, sólo atento al botín y a la gloria. Al contrario, es un soldado ilustrado, que lee, capaz de extraer consecuencias morales de su propia biografía, capaz de pronunciar o escribir las palabras milicia o España con la honda lucidez de su cultura.

Podemos ver al soldado Miguel de Cervantes al volver cada página, y una de las primeras es en el capítulo 13 de la primera parte. Más adelante, en el discurso sobre las armas y las letras, por boca de don Quijote pone Cervantes la milicia (el ejercicio de las armas) por encima de la pluma (el de las letras) en lo tocante a honra de quien lo practica. Y cada vez que don Quijote lamenta la falta de caballeros andantes en el mundo, a quien oímos hablar no es al hidalgo loco, oímos al soldado que quedó manco peleando a bordo de la galera *Marquesa*. Por eso, cuando don Quijote es valiente, Cervantes lo respeta porque es reflejo de su propio heroísmo. A fin de cuentas, en una novela ocurre como en el amor, en la amistad o en la vida, o en la palabra *patria*, nadie pone lo que no tiene.

¿Por qué escribe Cervantes sobre sus vivencias? Pues en su vida Cervantes es un oscuro funcionario que se gana la vida en un oficio ingrato, pateando caminos, durmiendo en ventas, posadas y cárceles, como recaudador, lo más opuesto al heroísmo. Tiene nostalgia del soldado y del héroe que en otro tiempo fue, ya que incluso esclavo en Argel era respetado por sus captores y dueños. Respetado cuando intentaba escaparse y ayudaba a escapar, ya que delatado, no delató a ninguno. Con legítimo orgullo, Cervantes hace decir al cautivo:

«Sólo se libró con él un soldado español, un tal de Saavedra, al cual, a pesar de haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas para alcanzar libertad, jamás se le dio palo, ni se le dijo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo temíamos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez...».

A Cervantes le encanta escribir y repetir la palabra «soldado español», que resume toda su honra y su consuelo, y más al ver como la gloria de antaño se convierte en ceniza, en él mismo o en sus compañeros, que mutilados peleando contra el

turco, mendigan en las puertas de las iglesias. Los grandes aventureros del siglo XVI han envejecido o muerto, y los soldados que aún sostienen en 1605 el imperio con sus espadas y su sangre, olvidados por reyes imbéciles y por una España que más que madre es madrastra ingrata y miserable, terminan como perros callejeros, mendigos, enfermos, mutilados, ahorcados por la justicia o acuchillados en un campo de batalla sin cobrar sus pagas atrasadas, sin socorro, sin gloria. A América van ahora funcionarios y curas. A Cervantes ni siquiera le permiten probar fortuna allí. Lepanto está lejos, y sus héroes olvidados.

Cervantes funde el último gran poema épico con la primera y máxima gran novela moderna. Su lanza en ristre contra los molinos es la de esa España ya imposible de ahí en adelante. Una España que, lúcida, consciente de su propia tragedia, va de Lepanto a la Invencible, a la guerra de Cataluña, a la de la recuperación de Portugal por su independencia, y a la batalla de Rocroi en 1643 (tumba de la fiel infantería española), para hundirse, con los viejos tercios destrozados por la artillería francesa, entre las carcajadas de la nueva Europa.

Hay un aspecto que estremece al lector avisado cuando deambula por los extraordinarios (y en su momento originalísimos) diálogos de la novela, en especial los que mantienen don Quijote y Sancho, resorte literario magistral, que conecta los diálogos del Renacimiento con la confrontación literario-dialéctica, entre el folklore popular y el humanismo que recupera, rehabilita y hace eficaz la lengua vulgar para convertirla en vanguardia ilustrada.

En esa estrategia narrativa que Cervantes desarrolla (descripción de la realidad por parte del autor, mirada alucinada de don Quijote, mirada estupefacta de Sancho, desastre y diálogo posterior sobre el asunto), en esa modernísima confrontación dialéctica, cada vez que Don Quijote y Sancho hablan de derrotas, esa derrota aparece a ojos de Sancho como normal, como consecuencia lógica del arrebato o la locura de su amo, algo que se veía venir y no podía terminar de otra manera. Sin embargo, para don Quijote la derrota se debe siempre a la acción maléfica de los encantadores. Es también lo que siente el autor, Cervantes, experto en derrotas, en fracasos y en ser blanco de las bromas pesadas de ese maléfico encantador llamado Destino o mala suerte.

En este punto de la conferencia, el autor nos deleita con varios párrafos sobre la nostalgia de tiempos pasados, y lo que ha supuesto para los valerosos soldados de a pie la invención de las armas de fuego, en la que se escudan, según Cervantes, hombres sin valor. Hace mención de un pasaje de la novela al referirse a Lepanto, que refleja la nostalgia y pesadumbre de aquella época pasada de heroísmos, donde cree que están mejor los muertos que los que han quedado vivos.

El conferenciante vuelve otra vez al valor, y a Cervantes. Hay en el Quijote dos episodios admirables de valor probado de caballero a caballero, ahí no cabe duda alguna, los combates con el Caballero de los Espejos y con el de la Blanca Luna, don

Quijote los afronta con valor. Lo mismo ocurre en otro episodio en que don Quijote lucha de verdad, se trata del único duelo real en toda la obra: el combate con el valeroso vizcaíno, donde don Quijote arremete a su enemigo «*con determinación de quitarle la vida*». Ésta es la verdadera pelea a vida o muerte del hidalgo, y entra en ella con valor absoluto. Además, vence casi en buena lid.

Pero a medida que nos acercamos a la segunda parte, las cosas cambian. Su valor se diluye a menudo. Ahora don Quijote se muestra cuerdisímo a veces, es prudente, reflexiona y al final no actúa. Al principio, don Quijote estaba seguro de su valor, pero a medida que pasamos las páginas y ocurren más cosas, esa firmeza se resquebraja, surgen más dudas y contradicciones.

Todo esto ocurre porque el valor de don Quijote no es suyo, sino que es el de Cervantes, y el autor nos lo deja claro. En don Quijote, ese valor responde a la obligación de tenerlo, lo que le fuerza a ser fiel al caballero que ha inventado para sí mismo. Son precisamente la cautela y la ironía con las que Cervantes cuenta su historia, sin definir nunca nada del todo, las que dan al lector la impresión de que el valor del personaje es real, o lo parece, pero que siempre se halla sujeto a los avatares de la vida.

Y hablando de biografías, hay aquí un punto literario curioso. Dos de los máximos ingenios de la época, Cervantes y Lope de Vega, fueron soldados en su mocedad, infantes de marina. Las experiencias vividas por ambos pueden rastrearse sin dificultad en sus obras, y sobre todo en la terminología que utilizan. La experiencia bélico-naval de Cervantes, que fue intensa y le marcó la vida, aflora en numerosas páginas, donde además la precisión de cada detalle es extrema. Usó siempre con propiedad el lenguaje de soldado y marinero de su tiempo, tanto en el *Quijote* como en el resto de sus obras. Eso incluye la jerga soldadesca y la germanía propias de galeotes, soldados y gente portuaria y delincuente. Sin embargo, los ecos de la aventura militar de Lope son escasos en su obra dramática, aunque más abundantes en la épica y en la lírica.

Por encima de todo cuanto escribió, el orgullo principal de Cervantes fue siempre haber sido soldado a bordo de las galeras del rey, peleando contra el turco, enemigo principal de su monarca y de la fe católica que España sostenía con las armas. Lo deja claro en el prólogo de la segunda parte donde el viejo soldado hace orgullosa mención de la jornada de Lepanto, aquel 7 de octubre de 1571 en el que, peleando en el ala izquierda a bordo de la galera *Marquesa* (en uno de los puestos de más peligro), recibió tres arcabuzazos, dos en el pecho y otro que le hizo perder el uso de la mano izquierda. Él mismo declaró:

«Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en las más alta ocasión que vieron los siglos».

A esas palabras debemos añadir las que se encuentran en el capítulo 15 de la primera parte y no casualmente dicho por boca de don Quijote:

«Las heridas que se reciben en las batallas antes dan honra que la quitan».

Esa honra de soldado lo acompañará toda su vida, con recuerdos y alusiones constantes en torno a los tiempos de soldado de Cervantes y a Lepanto, su máximo orgullo, en los que se incluye el afecto, la lealtad por sus jefes y camaradas.

Aquellos no eran tiempos políticamente correctos. Para un castellano y español del siglo XVI, la fama y la gloria estaban cifradas en la defensa de su tronco cultural, amenazado por el *otro* imperio y la *otra* religión, con los turcos, el islam, presionando tanto por tierra, sobre Viena, como por mar y el norte de África a las plazas fuertes allí conquistadas o establecidas desde el tiempo de los Reyes Católicos y el emperador Carlos V.

Es grotesca (y peligrosa) la revisión de la historia que se hace ahora desde perspectivas políticamente correctas. No se puede juzgar a aquellos hombres (Cortés y su gente, Pizarro, la infantería española en Italia o Flandes, el propio soldado Miguel de Cervantes) con la mentalidad del siglo XXI, y mucho menos con la hipocresía anglosajona (todo es malo o sospechoso menos lo que a ellos les beneficia o conviene, guerras incluidas) que desde hace tiempo imponen en el mundo ingleses y norteamericanos. Aquellos españoles sin nada que perder y con todo por ganar, además de creerse en el seno de la verdadera religión, veían en la aventura y en la espada una forma de salir de la pobreza. Era gente hosca y dura, cruel, como el mundo en el que vivían. Pero el ser como eran les permitió hacer lo que hicieron, que fue terrible y extraordinario a la vez, como aclaran unos versos, que utilicé en cierta ocasión como epígrafe para una de mis novelas sobre el capitán Alatriste:

«Osado y antojadizo
mató, atropelló cruel,
mas por Dios que no fue él,
fue su tiempo quien lo hizo».

En cuanto a la gloria, también era terrena. Gloria de soldado, y entonces nadie se avergonzaba de ella en España ni en ningún otro sitio. Al contrario, por eso, en el elogio que don Quijote hace del soldado que pelea a bordo de una galera, podemos reconocer sin dificultad al Cervantes herido en Lepanto:

«Y con propio valor y airado pecho tuve, aunque humilde, parte en la victoria».

Ahora, en este pasaje del *Quijote*, describe con realismo, de modo emocionante, la experiencia propia y de los viejos camaradas. Y en ese «*embestirse dos galeras*» late el pulso del joven soldado de la *Marquesa*, cuando el viejo escritor recuerda y cuenta, casi con nostalgia y con precisión, el modo en que se combatía a las naves enemigas trabadas por garfios de abordaje.

La del Cautivo, esa pequeña novela casi autobiográfica inserta en el *Quijote*, que algunos señalan como precedente del género de novela histórica, que más tarde haría famoso a Walter Scott, es también una novela militar y marinera. En el relato del cautivo, Cervantes nos cuenta la batalla de Lepanto con la extraordinaria precisión histórica de un cronista, mezclando realidad y ficción con su biografía, donde menciona a personajes reales.

En la primera parte del *Quijote*, Cervantes menciona también con respeto La Goleta: un famoso fuerte que protegía la entrada del puerto de Túnez en la margen de poniente, perdida por los españoles tras una reñida defensa.

Cambiando de tema, con lo que no hay más remedio que discrepar es con ciertos ilustres cervantistas, cuando sostienen que Cervantes era pésimo poeta. Pues nada más lejos de la realidad, y para ello me refiero en concreto a un pasaje, hacia el final de la segunda parte, donde don Quijote y Sancho ven por primera vez el mar y admiran las galeras en toda su majestuosidad náutica. Aquí Cervantes vuelve a demostrar su puntual conocimiento de esas embarcaciones de guerra y su orgullo de haber combatido a bordo de ellas.

Hay también una excelente, exacta descripción náutica de una «*caza*» (persecución) de una nave corsaria por parte de las galeras, y los detalles del abordaje echando «*la palamenta encima*». La palamenta eran los remos, y se echaban encima del adversario para inmovilizar la maniobra enemiga y para usarlos como camino de ataque a fin de saltar a la otra nave y pelear al abordaje. Algo que, como ya apuntamos, el soldado Miguel de Cervantes, el veterano de Lepanto, sabía mejor que nadie. Esclavo, mutilado, había consolado su cautiverio (del mismo modo que ahora consolaba su vejez y su honrada pobreza escribiendo y recordando) con la memoria cuajada en aquellos orgullosos versos:

«A esta dulce sazón yo, triste, estaba
con la una mano de la espada asida
y sangre de la otra derramada.
El pecho mío de profunda herida
sentía llagado y la siniestra mano
estaba por mil partes ya rompida».

El 7 de octubre de 1571, en Lepanto, el hombre que iba a escribir esos versos en el *Quijote* era un joven soldado que estaba enfermo de calenturas y podía haberse

quedado a salvo en la cámara de la galera; pero, según refiere Fernández de Navarrete (cito):

«Pidió entonces mismo al capitán le destinase al paraje de mayor peligro; y condescendiendo éste con tan nobles deseos le colocó junto al esquiife con doce soldados».

Las palabras del biógrafo cervantino no son exageradas. Entre los compañeros de armas del propio Cervantes, testigos de su comportamiento en la batalla, el alférez Mateo de Santisteban certificó que el soldado Miguel de Cervantes dijo (cito):

«Que más quería morir peleando por Dios e por su rey, que no meterse so cubierta, e que su salud. E así (...) peleó como valiente soldado, con los dichos turcos en la dicha batalla en el lugar del esquiife, como su capitán lo mandó».

La noche tras la batalla fue de viento y lluvia. Y mientras en el golfo de Lepanto, cubierto de maderos y cadáveres a la deriva, la flota cristiana celebraba su victoria antes de poner proa a Corfú, en el atestado entrepuente de la maltrecha galera *Marquesa* (donde hubo ciento ochenta bajas en el combate, incluidos cuarenta muertos –más que a bordo de muchos navíos españoles en Trafalgar–), entre sus camaradas heridos y agonizantes, con dos tiros de arcabuz en el pecho y manco de la mano izquierda, Miguel de Cervantes se debatía entre la vida y la muerte en manos de los limitados cirujanos navales de la época. Acababa de cumplir veinticuatro años. Vivió, por fortuna para don Quijote, para España y para el mundo, y más tarde escribiría de sí mismo:

«Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros».

Por todo eso entre otras cosas, como lector, no puedo compartir la impresión de quienes consideraron a don Quijote encarnación del alma del pueblo español, o del alma ibérica. La historia del ingenioso hidalgo contiene, en efecto, la encarnación de nuestra parte lúcida, la que siente y piensa y se duele de sí misma. Pero en el libro no está encarnada en el hidalgo loco, sino que gotea con tristeza de la pluma del hombre que imagina y escribe, el propio autor, el propio Cervantes. Él, y no don Quijote, somos nosotros. O, para ser exactos, la mirada lúcida sobre nosotros mismos y sobre las patrias, la patria, que nos deparó el destino. Cervantes, el antiguo soldado olvidado por la España a la que sirvió, sabe que si Iberia pare Quijotes, a menudo son fruto

del delirio, individuos aislados y a contratiempo. Lo que esta tierra alumbra en abundancia son venteros, cuadrilleros de la Hermandad, arrieros, bachilleros, duques infames que escarnecen el ideal y lo estrangulan apenas hace ademán de alzar el vuelo.

Ese libro cervantino, esa historia fundamental para entender nuestro pasado y nuestro presente ayuda a comprender, entre otras cosas, que frente a los intereses locales, de tiempo y de situación, al egoísmo y la *desmemoria histórica selectiva*, lo que salva a los pueblos y hace su carácter (lo que los une) es la historia vivida en común: los asedios, las batallas, las victorias, las derrotas, las esperanzas, las desilusiones, los héroes, los mártires, las iglesias, los castillos, las catedrales, los cementerios. El humor, esa es la espina dorsal, hecha de sufrimientos y alegrías, de lucha y trabajo, de años y siglos, sobre la que se encarnan el respeto, la convivencia, la solidaridad. En esta Península Ibérica que no ha sido, a lo largo de los siglos, sino una inmensa plaza pública por la que pasaron y siguen haciéndolo, mezclándose entre sí, razas, religiones, victorias y derrotas, tragedias y momentos de luz y de gloria.

En cuanto a agravios oficiales, para qué les voy a contar. Si hoy algunos españoles se proclaman agraviados en tal o cual momento de su historia por la administración de los Austrias, o por la de Borbones, o por la de turno, al conjunto de los españoles, a todos sin distinción, nos agraviaron durante treinta siglos la administración fenicia, la griega, la de Roma, la bizantina, los suevos, los vándalos, los alanos, los visigodos, el califato de Bagdad, el de Córdoba, los reyes de Castilla, los de Aragón, Napoleón Bonaparte, la primera y la segunda repúblicas, el franquismo y todo el que pasó por aquí. Hasta hoy se nos agravia, en especial cuando se nos toma por imbéciles e imbécilas. Nuestros abuelos, nuestros padres, pagaron impuestos, lucharon en guerras que les importaban un bledo, murieron en Inglaterra, Trafalgar, Santiago de Cuba, Filipinas, Annual, y a cambio, como el resto de los españoles, recibieron golpes hasta en el cielo de la boca. Ciertamente es que a menudo fueron comparsas o protagonistas en empresas imperiales, con lo bueno y con lo malo que eso implica. Pero cuando abres los libros de Historia, compruebas que en cualquier batalla de Flandes, en cualquier episodio colonial de Asia o América, en cualquier aventura española en Nápoles, Sicilia, norte de África, Grecia o Constantinopla, estuvimos todos juntos, y las relaciones de cualquier época están llenas de apellidos castellanos, gallegos, vascos, valencianos, catalanes, navarros, mallorquines, etcétera. Sin olvidar los apellidos portugueses, napolitanos, sicilianos, milaneses, flamencos, moros o tlaxcaltecas que, para bien o para mal de unos u otros, nos acompañaron en cada aventura. Porque en esta plaza pública milenaria, en esta galera, degollando unas veces, degollados otras, y sintiendo a menudo el látigo del cómitre sobre nuestras sufridas espaldas, quedándonos mancos en cuantos Lepantos nos cayeron encima, hemos remado todos.

Termino. Por todo cuanto acabo de contarles, el Quijote es (no podía ser de otro modo, y por eso es tan grande) el libro del final de una vida y la reflexión sobre esa España, esa patria a menudo ingrata, miserable, pero a la que se ama por vieja y

desdichada. Por lo mucho que sufre y ha llorado. Un libro que implica una gran biblioteca muy bien leída y una vida muy bien asentada. Un libro que, como ciertos textos de Francisco de Quevedo, sólo puede escribirse desde el dolor lúcido y el desengaño. Desde el conocimiento íntimo de la triste realidad de la tierra y de la época que a Cervantes le deparó el Destino. Un libro incomprensible si se lee antes, como mínimo, de los cuarenta años de vida, sin un buen maestro que, al lado, nos vaya guiando por esa aventura. Un libro que, a mi juicio, es un error colocar, íntegro y sin explicación, en las escuelas. Un libro escrito sobre los libros que a su vez fueron escritos para hacer más hermosa o tolerable la vida. Y que en realidad es un libro para echar de menos, con profunda melancolía y finísimo humanismo, esa vida imposible. Demostrando de paso que ahí afuera hay un solo mundo ingrato, hostil; pero que hay muchas maneras de contarlo, de leerlo, y de soportarlo sin perder nunca del todo la esperanza. Y que la única reconciliación posible con esa patria que tanto duele (pues ser lúcido y español fue siempre una combinación en extremo dolorosa) pasa por el interior de uno mismo. Por el humor y la amistad. Por el lazo íntimo de ternura y admiración que el lector de buena índole establece con el hidalgo manchego y su escudero. Y sobre todo, con la sonrisa del héroe cansado. La sonrisa triste del antiguo soldado Miguel de Cervantes Saavedra. El hombre honrado, valiente, que al final de su vida, en pleno fracaso, imaginó y escribió la más hermosa historia que vieron los siglos pasados, presentes, ni esperan ver los venideros.

Muchas gracias por su atención.



16, Febrero 2007.

El campus universitario de Esteiro, en Ferrol, lleno hasta las topas para acoger la conferencia de Pérez Reverte

Pérez Reverte imparte una conferencia en Esteiro

Lleno hasta la bandera se encontró el campus universitario de Esteiro, en Ferrol, para acoger la conferencia impartida por el famoso escritor **Arturo Pérez Reverte**. Dentro del ciclo organizado por la cátedra Jorge Juan, el ilustre autor de aventuras recordó los mejores pasajes y relaciones de Don Quijote de la Mancha, ante representantes de la Universidade da Coruña.

Arturo Pérez Reverte, izquierda, y Adolfo Rey Seijo, en la conferencia

José María Barja, izquierda, Luis Barral y González Llanos, en Esteiro

Jueves 8, Febrero 2007. La Voz de Galicia.

Crónica | El creador del Capitán Alatriste habló en la Universidad del tiempo de las galeras

«En la dignidad de Cervantes está su memoria de soldado»

Pérez-Reverte, que creció «entre gallegos» en Cartagena, reiteró ante el público que abarrotaba el salón de actos del Campus su pasión por el Quijote, ese libro que «evolucionó con sus lectores»

Ramón Loureiro

FERROL
■ Es uno de los escritores más leídos de las literaturas europeas contemporáneas. El creador de ese Capitán Alatriste —capitán sólo de apodo, lo que hace que la génesis del personaje sea aún más bella— ahora llevado al cine en una película en la que a Viggo Mortensen, a su alter ego, ni siquiera le pone algo de miedo. Pero además, entre tantas otras cosas —y el periodismo es una de ellas—, Arturo Pérez-Reverte es un devoto lector, también él, de los clásicos españoles.

Incluso de clásicos menores, miren. Como aquel Cristóbal de Virués, soldado y poeta, que recordaba con tanta nostalgia en sus versos aquellos tiempos bravos de «entrar y salir de la galera», de «matar y pagar la muerte luego» (ustedes sabrán disculpar si la cita, de memoria, no es correcta). Pero en especial, naturalmente, de los clásicos mayores, como Cervantes, el más grande de todos cuantos clásicos fueron y siguen siendo y serán para siempre. Un clásico con todas las letras, don Miguel, sí señor. También soldado y también poeta

y también nostálgico de una juventud que seguramente jamás fue como el quiso soñar que fuera. El veterano de Lepanto, sí, el que escribió un libro, el Quijote, capaz —y las palabras son del propio Pérez Reverte— de ir cambiando, a lo largo del tiempo, con quienes se acercaron a sus páginas, con cuantos lo leyeron.

Los libros diferentes

Decía ayer el autor de *Corsarios de Levante*, minutos antes de pronunciar en el Campus Universitario de Esteiro una conferencia que abarrotó el salón de actos del Vicerrectorado —fueron muchos los que, por falta de espacio, tuvieron que quedarse fuera—, que el Quijote «evolucionó con sus lectores» y que por eso en cada hora de la historia es un libro diferente. Y decía, además, que «en la dignidad de Cervantes está su memoria de soldado», la invocación de sus recuerdos.

Pérez-Reverte, que confiesa regresar al Quijote constantemente —también Faulkner lo hacía, lo leía una vez y otra, y después volvía a leerlo, uno aquí no se resiste a repetirlo de nuevo—, habla con verdadero devoción de un libro «deliberadamente ambiguo»

y de un escritor «lleno de ángulos, memorias y rencors», de un viejo soldado al que le salía «un humor triste» mientras escribía, y que «no pretendía hacer la novela que hizo», sino únicamente redimirse del fracaso, que es como decir buscar algo de consuelo.

Invitado por la Cátedra Jorge Juan, Pérez-Reverte vino a Ferrol y se encontró «con muchos amigos del colegio, que hoy son marinos». Entre quienes nacieron o crecieron en Ferrol, Cádiz y Cartagena, existe, dice él, una «hermandad» en la que la historia de los barcos de la Armada y de quienes navegaron en ellos también está muy presente. «Por Ferrol han pasado los marinos más ilustres», recalca el novelista, que reivindica la necesidad de no olvidar la historia para poder seguir «sabiendo dónde estamos».

Contra la manipulación

«Sin historia estamos en manos de los manipuladores», subraya, aunque casi al mismo tiempo añade que «mirar hacia atrás buscando modelos es malo». Y eso porque el pasado, sostiene Pérez-Reverte, «no puede mirarse con los ojos de hoy»,



CÉSAR TOMIL

Pérez-Reverte, anoche en el campus universitario de Esteiro

sino que imprescindiblemente ha de verse con los de aquel tiempo en el que los sucesos ocurrieron. Su Capitán Alatriste, admite el escritor, pertenece a un mundo que ya no existe. Pero también es un intento de mirar, a través de la literatura, «ese siglo XVII tan distinto del presente». Y de verlo no con nuestros propios ojos, sino a través de los ojos de quienes vivieron todo aquello. Sostiene que en estos tiempos de hoy, tiempos también difíciles, buscamos a veces, para los interrogantes que nos rodean, una luz que

no encontramos... porque todavía ignoramos que es en los mejores libros donde esa luz nos espera. Y lamenta mucho que «Occidente no haya aprendido nada de la historia», de una historia necesariamente «mestiza» que dejó grabadas en el Siglo de Oro, cuando el Mediterráneo era una aventura, más de una clave que también ayudaría a entenderla. «¡Seguimos en el callejón oscuro...!», lamentaba anoche el escritor, camino de su conferencia. «Pero la respuesta —afirma Pérez-Reverte— está en las bibliotecas».